

po hace á un trabajo de un género abstracto y profundo; no he emprendido éste sino por descansar útilmente de la fatiga que me causa otro (1); y así, este libro no es mas que el fruto de mis paseos por la soledad de los campos. Al mismo tiempo que andaba, iba meditando, y escribía mis reflexiones sentado al pié de un árbol, ó sobre la verde yerba de un bosque: circunstancia, que junta á lo limitado de mis talentos, es suficiente para hacerme esperar que me leerás con indulgencia, y que en atención á la bondad y á la solidez del fondo de que te hago poseedor, suplirás mi falta de método, de correccion y de gracia en el estilo.

(1) *Reflexiones sobre la filosofía de la fé.* Esta obra, anunciada en mis *Reflexiones sobre la filosofía de la incredulidad*, ha sido retardada, por consejo de algunas personas sensatas y de buen gusto, que me han hecho algunas observaciones, cuya sabiduría no puedo menos de conocer. Me ha sido preciso, para seguir su consejo, refundir todo mi trabajo bajo un nuevo plan; que con corta diferencia, es volver á hacer de nuevo lo que ya estaba hecho.



LAS DELICIAS

DE LA

RELIGION CRISTIANA,

6

EL PODER DEL EVANGELIO

PARA HACERNOS FELICES.

CAPITULO PRIMERO.

INVOCACION.

SOLO vos, ¡oh Dios de los tiempos y de la eternidad, sois grande y excelente en la naturaleza! Vos sois la fuente incorruptible é inagotable de todo cuanto es verdadero, sólido, útil, precioso y apetecible en el cielo y en la tierra. ¡Qué bien se encuentra mi alma cuando reconoce, admira y adora en vos la única fuerza que sostiene al universo, la única sabiduría que arregla todos sus acaecimientos, y la única luz que me ilumina sobre el destino de mi ser, y sobre el uso de los bienes y de los males de la vida humana!

¡Dios mio! eterno y amado principio de todas las inteligencias; mi corazón, recogíendose ante el trono de vuestra inmensa magestad, se siente en su lugar, y reconoce

con asombro el seno bienaventurado de donde salió, y á donde debe volver para vivir aun despues de la destruccion del universo, y anegarse para siempre en los adorables abismos de vuestra magnificencia y de vuestro esplendor.

Yo, pues, oh Señor, soy eterno, y solo en vos hallo la medida de mi duracion, el precio de mi valor, y el modelo de mi excelencia. Así que, es una verdad y no un sueño de mi orgullo, que estoy destinado á no perecer jamas, á sobrevivir como vos á la ruina de todos los imperios, á la destruccion de todas sus grandezas, á el aniquilamiento de todas las pasiones, á la extincion de todos los astros, y al regreso de toda la naturaleza á la noche de la nada; y que en medio de todas cuantas vicisitudes experimente en esta vida, siempre que persevere fiel en adoraros y temeros, se verificará indefectiblemente el decreto irrevocable de mi incorporacion en la unidad de vuestra bienaventuranza y de vuestra gloria. . . .
¿Qué pensamiento! . . .

¡Dios poco conocido de los insensatos! tronad desde la altura de los cielos. . . . ¡Oh hombre miserable! ¿dónde estás cuando no vives dentro de tí mismo, y buscas los placeres fuera de tu propia grandeza? ¿Qué pretendes hallar en todo cuanto te rodea? ¿Qué inquietud es la de tu imaginacion? ¿Qué desórden el de tus pensamientos, y qué ambicion la de tus deseos? ¿Qué le resulta á tu corazon de todo ese estrépito que haces, y de todos los espacios que recorres?

Vos me habeis inspirado ¡oh Dios mio! que hable de las riquezas de vuestra bondad: penetradme con vuestra luz y vuestra verdad; y como testigo que sois del tierno y ardiente celo que me anima por la verdadera felicidad de mis hermanos, concededme vuestra sabiduría para abrir los ojos de los que á tanta costa buscan lejos de vos un fantasma de felicidad, y hacerles conocer la soli-

dez, la abundancia y la dulzura de los manantiales que vuestra infinita misericordia ha depositado en los tesoros de la religion.

CAPITULO II.

ENGAÑO DE LA FELICIDAD DEL MUNDO.

Tú has gozado, mi amado Aristo, de todos los placeres, y jamas has sido feliz. Los que desde el seno de su oscuridad admiran el esplendor de tu opulencia, la hermosura del palacio que habitas y la magnificencia de los muebles que le adornan, te llaman un mortal dichoso; y el tranquilo artesano que siente retremblar su humilde taller, conmovido por el tumultuoso y rápido movimiento de tu dorada carroza, al contemplarte en medio del soberbio aparato que te rodea, está bien lejos de sospechar que seas mas desgraciado que él.

Así lo habeis establecido, Dios mio, y todo sucede siempre conforme á esta dispensacion de vuestra justicia y de vuestra sabiduría. Vos habeis querido que nuestro propio corazon, cuando ya no reinais en él por haberse abandonado á la tiranía de sus pasiones desarregladas y turbulentas, se convierta en nuestro formidable enemigo, y sea un perturbador implacable de todos nuestros falsos placeres; ó por mejor decir, las amarguras en que anegais el alma del insensato que os desconoce y olvida, no son el castigo de un juez que quiere satisfacer su cólera y hacer desgraciado al delincuente, sino la sábia y tierna precaucion de un padre que no puede ver con indiferencia su perdicion, que ordena todo lo criado para que nos incline á su seno, y que inutilizando nuestras tentativas para sustraernos de su dominio, nos obliga, por decirlo así, á reconocer y sentir, que es necesario un

Dios para llenar un corazón tan grande como el que ha dado al hombre.

Sí, Aristo, te engañas creyendo que eres feliz. Todo cuanto hay en tí, todo cuanto sientes y pasa por tí, desmiente de continuo la felicidad que quieres aparentar, y te dice que esta no es más que el delirio de las ilusiones que te seducen. Serías el primero, desde la creación del mundo hasta el presente, si hubieses conciliado el reposo y verdadera tranquilidad del corazón, con el desorden de una vida disipada y el abandono de la sabiduría. *El que ha sacudido el yugo de toda regla y de todo deber es desgraciado.* Salomón, que nos habla así, había pasado por todos los grados de las grandezas y prosperidades humanas. El había gozado de todo, y podía desafiar á su corazón á que aspirase á mayor felicidad, y á que desease un placer solo que pudiese ser nuevo para él. Sin embargo, si abrimos la historia de su reinado, de su gloria, de su magnificencia y de sus placeres, él mismo confiesa á la faz de toda la tierra, que en todo esto solo se encuentra *aflicción y tormento de espíritu*, y que todos los tronos del universo no pueden dar una felicidad comparable con la de poseer y amar la sabiduría.

Muy triste es, oh Aristo, la felicidad que consiste en el continuo cuidado de aturdirse y de huir de sí mismo. Ciertamente no necesita un corazón contento y tranquilo de tanta disipación, ni de movimientos tan acelerados. El tuyo está tan vacío, que parece no sabe á dónde dirigirse para descargarse de su mismo peso y de la insoponible carga de sus disgustos que renacen á cada momento. El hombre sábio que lleva consigo el principio de los verdaderos placeres, goza de una alegría dulce y profunda que se alimenta con cualquiera cosa, y tiene bastante con los más inocentes desahogos. No son los objetos exteriores los que comunican á su interior aquella

serenidad que brilla en su semblante y en todos sus discursos; su propio corazón es el que hermosea todo cuanto le cerca, y el que comunica, por decirlo así, á todo cuanto ve y cuanto oye, parte de la hermosura y riqueza que en sí contiene. Pero tú, Aristo, desnudo de toda virtud y recurso propio, solo fundas tus esperanzas en lo que puedes recibir de fuera. De aquí proviene el apasionarte en todo cuanto haces, y la desgracia de no saber moderarte en nada; se puede decir que no buscas por todas partes sino poseer y devorar, y que estás inquieto y azorado hasta en tu mismo silencio y reposo. En las tertulias te confundes con un flujo de palabras precipitadas que solo sirven de abrumar á los que te oyen con el mismo enfado de que quieres verte libre, y en las que no se encuentra rastro de talento ni de prudencia. El hombre juicioso que te escucha, desea con la mayor ansia libertarse de la necesidad de sufrirte y de compadecerte. En tus banquetes todo es confusión y alboroto: no hay más que una alegría loca y tumultuosa, discursos extravagantes, y toda la irregularidad de los ruidosos movimientos con que la extremada pobreza de alma se ha esforzado siempre para formarse un asilo en que ocultar su propia vergüenza.

Muy enfermo está, oh amado Aristo, quien necesita de tan extraños y violentos remedios para distraerse de sí mismo, y evitar la presencia de su corazón. Si en esto consistiese la felicidad, sería preciso renunciar á ella, pues nada podía haber más funesto y deplorable para el hombre tranquilo y modesto, que jamás ha conocido los favores de la fortuna, que llegar á ser tan opulento y tan miserable como tú.

Si no te hace impresión una miseria tan profunda, es porque nunca has conocido un estado más dulce, y porque te parece que tus males personales dimanen de una imperfección inherente á la naturaleza humana. Mas

quieres tenerte por incurable, que buscar las medicinas; y el hábito de desvanecerte y agitarte en la puerilidad de las pasiones, te ha cegado hasta el extremo de parecerte imposible vivir sin ellas, y encontrar la felicidad en el seno de la virtud.

No conoces el estado de degradacion extrema á que ha reducido á tu razon y á tu alma el desórden de tus pasiones. De todo juzgas sin discernimiento, nada consideras, nada preveés, sobre nada reflexionas, y eres víctima de una inconstancia á la cual no puede fijar cosa alguna. El descanso y el trabajo te son igualmente molestos, te fastidian todos los instantes de tu existencia, y tu alma se enagena y abisma en una multitud de proyectos quiméricos, de esperanzas ridiculas y de ideas extravagantes. Tu vida pública no es mas que un estudio de locuras y de vanidad, un papel penoso de ostentacion y de orgullo, un cuidado molesto é impertinente de llevar á todas partes bajo un brillante aparato, la mas vergonzosa corrupcion, y de dar á la vileza de todos los vicios un colorido de dignidad y de decencia. Tu vida privada la pasas toda en medio de las convulsiones del pesar, y las tinieblas de una áspera y querellosa melancolía, en las agitaciones de una impaciencia acerba é imperiosa, y en la amargura de un humor atrabiliario que hace formidable tu presencia á todos tus sirvientes, condenados á devorar las erupciones del veneno que roe tu corazon, de suerte que eres á un mismo tiempo el escándalo y el suplicio de todos cuantos habitan en tu casa. ¡Oh virtud! ¡cuánto pierde el que se desvia de tus caminos amables y pacíficos! ¡Oh Aristo! ¡qué cosa tan terrible y cruel seria envejecerse en el horror y abatimiento del vicio, y morir sin haber gustado las dulzuras de la virtud!

¿Pero quién puede asegurarte de que llegarás á la vejez? ¿quién puede determinar el intervalo que separa tu situacion presente de tu último suspiro? ¡Oh Aristo! te

he recordado una circunstancia de la vida humana, cuya memoria es la mas cruel para todos los que viven segun las pasiones. ¿Pero cómo el mundo que te promete tantas cosas no te suaviza la horrenda imágen de la muerte, ni te consuela sobre la inevitable necesidad de sumergirte dentro de poco en un sepulcro? ¡Qué felicidad, pues, es esta que nos abandona en la situacion mas crítica de nuestra vida, y nos hace aborrecer un destino del que ninguna fuerza humana puede sustraernos? ¡Oh muerte! ¡cuán amarga es tu idea para el hombre que funda su esperanza y su felicidad en la posesion de sus tesoros y de sus placeres! Por mas que quiera ensordecerse al importuno eco de tu voz austera y terrible, le persigues por todas partes, y cuando está mas embriagado en las delicias, le consternas, de modo que no puede andar un paso sin encontrar con los espantosos atributos de tu poder destructor, y sin caminar sobre las víctimas que no cesas de esparcir en este globo entregado por la justicia eterna á tu insaciable guadaña.

¡Oyes, Aristo, estos ecos graves y lúgubres que desde el interior de los templos resuenan en la ciudad, y cuya magestad severa domina al confuso tumulto de los negocios humanos? No procures distraerte del saludable horror que te inspiran; ese horror tiene algo de noble y de amable para una alma que conserva todavía algun vestigio de su vigor y elevacion original, y esa impresion de tristeza y de terror es en un corazon grande, un bosquejo de su regreso á la virtud, y como la aurora de la religion que quiere ilustrarle y derramar sobre él todas sus riquezas.

¡Con qué elocuencia estos mensajes de la muerte, que nos vienen á cada momento del fondo del santuario, nos recuerdan la nada y la inestabilidad de la vida humana! ¡y con cuánta fuerza y dignidad publican la inmovilidad eterna de aquel Dios que todo lo ve, que todo lo llena,

que todo lo sostiene, que á todo sobrevive, y que jamas se muda en medio de las revoluciones y ruinas con que no cesa su brazo de agitar y alterar la faz del universo! *¿Quién, Señor, es semejante á vos? ¿Quién tiene aquella fuerza de existir y de durar que da un carácter tan formidable á la sentencia de muerte pronunciada contra los hijos de los hombres, y á aquella comparecencia tan singular y tremenda con que cada uno debe verse delante de vos despues de su último suspiro?*

Así, Dios mio, se disipa y desaparece todo. El tiempo ha destruido las ruinas de los tronos en que se sentaron los primeros reyes del mundo, y ha borrado hasta los mas mínimos vestigios de todos los monumentos de su gloria. Mas la duracion de vuestro indestructible imperio no está comprendida, como la de los estados y soberanos de la tierra, en periodos que se miden y admiten division; su origen se pierde en infinidades inconcebibles que abisman nuestra imaginacion cuando quiere figurarse lo que existia y pasaba antes que hubiese mundo y hombres, y se extiende y prolonga en la inmensidad y perpetuidad de vuestra excelencia y de vuestro esplendor inaccesible; de suerte que la historia de la eternidad contiene la de todos los reinos y acaecimientos humanos, como los abismos del vasto Océano se tragan y sorben todas las gotas de agua que las nubes destilan desde lo alto de los aires. *¿Qué hace, pues, el insensato que consume los pocos instantes que tiene de vida en desnaturalizarse y envilecerse en las cadenas de sus deplorables pasiones? Este es un ser momentáneo y feroz que aparece en el mundo para salir de él en el instante, y que no pudiendo resistir á la fuerza que le arrastra al sepulcro, se apresura á insultar á aquel poder adorable y supremo que le destina á su inmortalidad y felicidad. Se le debe comparar á un infeliz, que arrastrado por el rápido torrente de las aguas, tiene al tiempo*

de sumergirse en sus abismos, el imponderable frenesi de ultrajar la mano bienhechora que se apresura á librarle del riesgo, sacarle á ribera, y albergarle en su morada. Digámoslo mejor de una vez, Aristo; una ceguedad como la tuya no se puede concebir; solo Dios desde lo alto de su gran luz conoce toda la degradacion, todo el desórden y todo el horror de un corazon endurecido á la verdad y á la virrud.

CAPITULO III.

SOLIDEZ DE LA FELICIDAD QUE DA LA VIRTUD.

Por mucho tiempo, mi muy amado y desgraciado Aristo, fué semejante á tí Filemon: recibió, como tú, de la naturaleza, un alma susceptible de grandes pasiones, muchas riquezas é inmensas haciendas de sus padres; Pero Filemon ya no existe. Diez años de penitencia y de arrepentimiento precedieron al terrible instante de su entrada en la eternidad, y selló con el último suspiro su conversion á Dios y á la virtud.

Se halló escrita de su misma mano una descripcion de los dias de su vanidad, y de los que consagró al amor de la bondad soberana. Al leer sus reflexiones se conoce que su autor habia alimentado su religion con los libros sagrados, y con todos los nobles sentimientos de que nos dejó San Agustín una expresion patética en sus confesiones. Su escrito tiene este título: *Triunfo de la divina misericordia sobre un corazon perverso.* Contiene lo que sigue.

“ ¡Dios y Padre mio! . . . ;Qué amables y deliciosas son para mi corazon las lágrimas con que se humedecen mis ojos al pronunciar este nombre tan dulce y consolador! . . . ;Ay de mí! Hubo un tiempo cuyo desórden quisiera borrar con toda cuanta sangre han dejado